

# La invención literaria de Montevideo

Fernando Aínsa

Si la canoa os lleva rápidamente con el esfuerzo de sus seis remeros; si, de día, observáis por los caminos de aquellas hermosas quintas grupos de mujeres vestidas de amazonas y caballeros en traje de montar; si por la noche, a través de las ventanas abiertas que vierten sobre las calles torrentes de luz y de armonía, escucháis las notas de los pianos o los gemidos del arpa, los cantos alegres de las cuadrillas o melancólicos de las romanza, es que os encontráis en Montevideo, la virreina de este gran río de plata del cual Buenos Aires pretende ser la reina, y que desemboca en el Atlántico con una anchura de ochenta leguas<sup>1</sup>.

Con esta pintoresca descripción, el escritor Alejandro Dumas enumera las notas más sobresalientes del Montevideo de 1850: la catedral, «Leviatán de ladrillo que parece navegar sobre el mar de casas», rojas y blancas, coronadas de azoteas y miradores; las quintas, «delicia y orgullo de los habitantes»; los saladeros, «amplias construcciones donde se sala la carne»; y, del otro lado de la bahía, el Cerro con su fortaleza y su faro. Montevideo surge así de las páginas de una novela, *Montevideo o la nueva Troya*, entre briznas de realidad y descripciones fantasiosas, con una deliberada voluntad de identificar los signos más emblemáticos de su toponimia. Lo resume el propio Dumas, cuando afirma: «Montevideo no es sólo una ciudad, es un símbolo»<sup>2</sup>.

Sin embargo, el autor de *Los tres mosqueteros*, no estuvo nunca en Montevideo. Escribió su novela por encargo, siguiendo el esbozo que le entregó el general Melchor Pacheco y Obes, polifacético hombre de acción y de letras uruguayo. Pacheco había buscado en Francia apoyo diplomático, logístico y propagandístico a la causa de la Defensa de Montevideo, sitiada desde 1843 por las tropas de Manuel Oribe, aliado con Juan Manuel de Rosas en la Argentina en el marco de la llama-

<sup>1</sup> Alejandro Dumas, *Montevideo o la nueva Troya*, Buenos Aires, *Los libros del Mirasol*, 1961, p. 37. El original francés publicado por *Le Patriote Français* en 1850 y la primera traducción al español en 1893 se titulan *Montevideo o una nueva Troya*.

<sup>2</sup> Alejandro Dumas, *o.c.*, p. 150.

da Guerra Grande (1841–1850). Gracias a la firma de Alejandro Dumas<sup>3</sup>, a la sazón escritor famoso, en una novela que tuviera por escenario Montevideo, Pacheco pretendía llamar la atención internacional sobre lo que sucedía en el remoto confín atlántico. La «nueva Troya» se transformaría así en ejemplo de resistencia y en clave de la estrategia de las grandes potencias de la época –Inglaterra y Francia– rivalizando por el control del Río de la Plata.

Montevideo es literalmente «inventada» por Dumas y esta invención marca desde entonces la relación de la capital del Uruguay con la literatura, hasta el punto de convertirla en referente existencial de imprecisos rasgos geográficos, aunque de significaciones culturales buscadas con empeño. Así, Carlos Maggi titula *La invención de Montevideo* (1968) su ensayo sobre los orígenes y la fundación de la ciudad, escrito según las reglas de lo que llama el *veridimágico*, nuevo quehacer histórico-fabulístico cuyas reglas son «no decir nunca toda la verdad, ni únicamente la verdad; y hacer que el todo resulte asombroso y sin embargo verídico», porque «cada vez que un testigo jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, está mintiendo»<sup>4</sup>.

Por ello, aunque el escritor argentino Rodolfo Rabanal reconozca en Montevideo «rincones de Génova, de Barcelona o de Lisboa»; y otros vean retazos de Gijón o de La Habana en la costa montevideana; la imagen de la ciudad que refleja la literatura tiene siempre ribetes de la propia literatura a ella referida. En ella sigue presente la figura del propio Alejandro Dumas en la poesía de Jorge Arbeleche<sup>5</sup>; regresa a su ciudad natal Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont, recordando: «Mi ciudad, mi Montevideo, mi putita...» en un relato de Juan Carlos Mondragón<sup>6</sup>; la sombra tutelar de los dos Jules –Laforgue y Supervielle– está presente en la poesía de Enrique Fierro, quien, en otro poema, recuerda el celebrado pasaje de Pablo Neruda por la «tacita del Plata», referentes culturales aludidos en el «otro» Montevideo que «inventa» Ida Vitale en su *Léxico de afinidades*. Incluso aparece en las vagas

<sup>3</sup> Numerosos investigadores se han abocado al tema de saber hasta dónde Alejandro Dumas, acostumbrado a trabajar con asistentes y colaboradores de los que formaba parte su propio hijo en la llamada «factoría Dumas», escribió totalmente la novela, cuyo esquema o primera versión le habría sido suministrada por el propio Pacheco.

<sup>4</sup> Carlos Maggi, *La invención de Montevideo*, Montevideo, Alfa, 1968, p. 5.

<sup>5</sup> Jorge Arbeleche, «Monte vide eu», Para hacer una pradera, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2000, p. 11.

<sup>6</sup> Juan Carlos Mondragón, en «Montevideo en video Ducasse» (Aperturas, miniatura, finales, 1985) imagina un retorno a su ciudad natal del autor de Los cantos de Maldoror.

referencias de un viaje a Montevideo que flotan en los versos del «canto órfico» del italiano Dino Campana<sup>7</sup>.

Todos ellos –de un modo u otro– intentan dar respuesta al burlón desafío de Juan Carlos Onetti, cuando el 25 de agosto de 1939 sostenía que «entre tanto Montevideo no existe. Aunque tenga más doctores, empleados públicos y almaceneros que todo el resto del país, la capital no tendrá vida de veras hasta que nuestros literatos se resuelvan a decirnos cómo y qué es Montevideo y la gente que la habita». Y por si existieran dudas, añadía: «Este mismo momento de la ciudad que estamos viviendo es de una riqueza que pocos sospechan», para concluir:

Es necesario que nuestros literatos miren alrededor suyo y hablen de ellos y su experiencia. Que acepten la tarea de contarnos cómo es el alma de su ciudad. Es indudable que si lo hacen con talento, muy pronto Montevideo y sus pobladores se parecerán de manera asombrosa a lo que ellos escriban<sup>8</sup>.

A partir de entonces Montevideo sería para poetas y narradores un icono mágico conjurado como parte de la leyenda sobre el origen de su nombre<sup>9</sup>, un *omphalos* desde el cual se despliegan perspectivas que dan sentido y asidero individual a quienes buscan un arraigo sin precisar lugares. La mayoría preferirá la abstracta evocación de una ciudad de la que sospechan «oculta muchas cosas»<sup>10</sup> y un espacio que se mitifica sin llegar a concretarse. Se construirá así, gracias a la representación simbólica encarnada en signos, esa otra ciudad por la que se puede circular sin dificultad y en cuyo eufónico nombre todos se reconocen, incluso cuando cobran la mala conciencia de su vivir y de su morir.

<sup>7</sup> *Dino Campana viaja hacia un punto del que no se tiene otra información que el destino. «Viaje a Montevideo» se titula el poema. Los detalles que se dan –la tarde celeste, el puente de la nave, las pasajeras «de senos llenos de vértigo», el chirrido de cadenas, la orilla selvática, el inquieto mar nocturno– son marcas del transcurso, itinerario marino que termina cuando aparece «sobre un mar amarillo por la portentosa abundancia del río, del nuevo continente, la capital marina». Como única precisión topológica no queda más que el fantasmagórico nombre de Montevideo flotando sobre una ciudad abandonada entre el amarillo y las dunas. («Viaje a Montevideo», Cantos órficos, en Poesía italiana del siglo XX, Buenos Aires, CEDAL, 1970, p. 13).*

<sup>8</sup> *Juan Carlos Onetti, Periquito el aguador y otros textos (1939–1984), Montevideo, Cuadernos de Marcha, 1994, p. 22.*

<sup>9</sup> *«Monte vide eu» habría exclamado un marinero encaramado al mástil de la nave de Juan Díaz de Solís cuando se aproximó el 2 de febrero de 1516 a la bahía y avistó el Cerro. El legendario origen de su nombre lleva a Juan Carlos Mondragón a proponer que esta es una ciudad nacida con imagen de voyeur: «Monte–vide–eo. Vi un monte. Vi. [...] Ciudad del ver, del ver el monte, la luz, la esperanza, lo inalcanzable» (Aperturas, miniaturas, finales, Montevideo, Ediciones Banda Oriental, 1985, p. 18).*

«Montevideo quiero ser el cantor/ de tu alegría y de tu dolor», anuncia Ildefonso Pereda Valdés; «Montevideo, madre cruel», versifica Liber Falco, el poeta que padeció como pocos la entraña de los barrios montevideanos, mientras Clara Silva interioriza plenamente la vivencia: «Es esta mi ciudad/ este es su cerro/ este su río/ como mar abierto/ Más que habitar la vivo (...) Es esta mi ciudad/ esta mi vida»<sup>11</sup>.

La ciudad que se configura en la literatura, «la que vamos indagando» –nos dice por su parte Carlos Martínez Moreno– «no es la que tenga, en el libro, la palmaria verificación de su geografía demostrable, el nomenclator de sus calles, la descripción de sus plazas o paseos públicos. Es la ciudad incorporada como paisaje íntimo, como presupuesto de situación física y espiritual», tal vez «una ciudad subjetiva»<sup>12</sup>. Más que una literatura «sobre» Montevideo lo que importa,:

Es algo más sutil y difícil: que en algún sesgo incanjeable, que en alguna modalidad asimilada, a lo mejor invisible y siempre intransferible, estén escritos «desde» Montevideo<sup>13</sup>.

Porque «ser de Montevideo es un producto de añadidura, o un subproducto en el proceso creador; lo primero es ser»; lo que importa es que «Montevideo sea en ellos». El *topos* literario que emerge es intrínseca a la propia constitución del texto más que a su adecuación a la realidad exterior.

En este breve ensayo que forma parte de una propuesta de geopoética en preparación –*Espacios del imaginario uruguayo*– abordaremos esta oscilación entre vivencia y nostalgia y la compleja relación por la cual se esfuman los signos urbanos conocidos para asumir la ciudad como «des-lugar», ámbito en que se desenvuelve una situación vital más que un *topos* geográfico identificado por su toponimia; espacio urbano entendido como lugar de desventura, escenario de la desesperanza que rodea y empapa al individuo, para marginalizarlo, sino des-articularlo; lugar donde la escritura se desata, para intentar construir un

<sup>10</sup> Enrique Estrázulas, *El sótano y otros poemas, Montevideo, Ediciones Banda Oriental, 1965, p. 19. El poema «La ciudad» dice: «Esta ciudad oculta muchas cosas,/ este tranco cansino apaga odios,/ lo sabemos los dos, apaga voces/ esconde dientes esta paz, esconde/ un frío que en los pies calienta el alma/ e inflama un corazón que no revienta».*

<sup>11</sup> Clara Silva, «Monte vide eu», *Antología, Montevideo, Arca, 1966, p. 86.*

<sup>12</sup> Carlos Martínez Moreno, «Montevideo y su literatura», *Tribuna universitaria, 10, Montevideo, Diciembre, 1960, p. 51.*

<sup>13</sup> Carlos Martínez Moreno, «Montevideo en la literatura y en el arte», *Literatura uruguaya I, o.c., p. 225.*